

Modos de ser *¿Dónde estás, corazón?* de Beatriz Espejo

Ignacio Solares

La ventaja del novelista es que puede llenar con la imaginación los huecos que deja la historia. Repito: los huecos que deja la historia. Lo que no se puede, ni se debe, es llenar con la pura imaginación un hecho histórico dado. O, peor, inventar, sacar de la nada algún supuesto hecho histórico. A un escritor que hizo esto último le pregunté en una ocasión en qué fuente se había inspirado para ilustrar un cierto pasaje sobre la vida de don Porfirio, que no había yo leído en ninguna parte. Me contestó que no necesitó de fuente alguna, que todo lo había inventado y que a su manera de ver esa era la ventaja del novelista. No lo creo. Y esto más bien me parece que es trampear al lector, quien va a suponer que fue cierto y que está leyendo no una obra de pura ficción, sino una verdadera novela histórica.

Por el contrario, admiro sobremanera a quienes son capaces de investigar hasta lo más profundo el tema histórico sobre el cual van a escribir. Hay nomás que calcular cómo se quemó las pestañas Fernando del Paso para escribir *Noticias del Imperio*, en donde se describen sitios, objetos y escenas insólitos por su precisión y que, en efecto, pueden encontrarse en documentos y libros sobre la época. A partir de ahí, por supuesto que se puede imaginar lo que no se ha encontrado en esos documentos, y el lector avezado lo sabe y hasta yo diría lo presiente.

Esto es lo que también logró, en forma admirable, Beatriz Espejo en *¿Dónde estás, corazón?*, su segunda novela, trasladándonos a la Nueva España, tomando como punto de partida una leyenda virreinal que terminó convirtiéndose en realidad. La historia, que narró don Artemio de Valle-Arizpe en su relato “Ojos, herido me habéis”, donde cuenta que don Baltasar de Zúñiga y Guzmán, virrey que gobernó la Nueva España



Beatriz Espejo

entre 1716 y 1722, se enamoró enloquecidamente de una joven criolla llamada Constanza, que luego se convertiría en monja. Triste y desolado, don Baltasar mandó construir el Templo de Corpus Christi, ubicado en la actual Avenida Juárez, el cual fue terminado en sólo ocho meses y a cuya edificación contribuyeron los nobles y la gente rica de México. Sin embargo, el rey de España relevó del cargo a Zúñiga y Guzmán, quien tuvo que regresar a la península. Allí enfermó de gravedad y en su testamento ordenó que su corazón —nada menos que su corazón— fuera enviado a la Nueva España y que lo depositaran en el presbiterio de la iglesia del convento de monjas capuchinas de Corpus Christi, que él mismo había mandado construir. Entre el coro de monjas que participó en la ceremonia de recepción, curiosamente, se hallaba la misma joven de la que se había prendado don Baltasar, y que para entonces ya había tomado los hábitos.

Qué imagen: mandar nuestro corazón, ya muerto, al otro lado del mundo, donde se encuentra la mujer amada. Quizás es de

alguna manera la mejor forma de que ese corazón siga viviendo, latiendo.

Hace unos años, el edificio que albergó el convento fue remodelado, y durante el proceso, los trabajadores que estaban excavando en el fondo del templo se toparon con una placa de piedra impresa con la fecha de 1728. La retiraron y vieron un hueco donde había una urna y una caja de metal; las abrieron y ahí encontraron los restos del corazón del virrey enamorado. Este hallazgo fue el que desató el proceso de investigación exhaustiva y la imaginación de Beatriz Espejo, para llevarla a escribir su novela.

Zúñiga y Guzmán decidió formar el primer convento con acceso a mujeres indígenas, pero no a las llamadas “indias comunes”, sino a las hijas de caciques ya educadas en la lengua castellana y en habilidades como coser, tocar algún instrumento, cantar, y que además debían poseer una dote; así, sus familias elevarían su categoría social, puesto que contar con una religiosa en la familia otorgaba cierto prestigio en aquella época.

Para dirigir el nuevo convento, Baltasar de Zúñiga eligió a sor Petra de San Francisco, a quien le llegaban solicitudes de ingreso de diferentes partes del país, mismas que ella evaluaba en función, también, del prestigio que a su vez pudieran aportar las candidatas al convento. Así, el recinto se empezó a llenar de hijas de caciques aún prósperos.

Con este mosaico de personajes, la gran mayoría de ellos realmente existentes, Espejo nos muestra los detalles íntimos de cómo se forjó la Nueva España, en aquel siglo fundacional para México. Como si de la visita a un museo se tratara, el lector asiste a la exposición de retratos de personajes caprichosos, engañosos, otros entrañables, que

van mostrando sus debilidades, su doble moral, su adoración pagana con ídolos escondidos en sus celdas, pero también su bonhomía, como don Fernando de Santa Cruz y Espejo, que sin duda por el apellido algo habrá tenido que ver, aunque lejanamente, con la autora.

En la novela, la historia transcurre en un solo día y en ella Beatriz Espejo retrata las diferentes clases sociales imperantes en la época. El convento es un pretexto, hasta cierto punto, para conocer la condición de las mujeres de entonces, donde se revelan aspectos como la discriminación social del género femenino, la doble moral, decíamos, y los privilegios de los caciques indígenas en el México del siglo XVIII. Hay que resaltar, junto con las otras cualidades, la prosa transparente y elegante de la autora, con la cual atrapa al lector desde las primeras páginas. Prosa que la caracteriza desde su inicio en el cuento, género en el que ha realizado la mayor parte de su obra creativa, como en el memorable volumen *Muros de azogue*.

Beatriz Espejo ha llevado una vida dedicada por completo a la literatura y a la academia, con un método de escritura lento, preciso, de una exigencia que la conduce a la corrección “que raya en el delirio”,

como dice ella misma y, además, en ese delirio se trasluce una clara preocupación religiosa, no exenta de la duda y del escepticismo, como toda verdadera preocupación religiosa. Valga este admirable fragmento para ilustrar esa preocupación:

De ese Dios que mandaba mareas capaces de tragarse armadas completas. Temblores que abrían brechas inmensas y engullían a la gente o pestes que diezaban poblados... Y sobre todo, se preguntaba lo que realmente hacemos aquí. ¿Respondemos a un accidente? ¿A un plan preconcebido...? ¿Qué habría hecho Lázaro después de resucitar a los cuatro días? Con nadie habló de su experiencia o al menos nadie recogió un testimonio aclarando los misterios del más allá.

Es cierto, cuánto valor tendría para el desarrollo espiritual de la humanidad un reportaje, o aunque fuera una pequeña entrevista con Lázaro y su experiencia durante esos cuatro días en que estuvo muerto. Andreiev nos habla en su novela de un Lázaro que ya sólo quiere regresar a la muerte, de la cual había sido sacado tan abruptamente.

Pero volvamos a otros aspectos de lo más interesante en *¿Dónde estás, corazón?* Por

aquellos años, los franceses deseaban establecer colonias en Texas y Florida, enviaban expedicionarios y contrabandos a Nueva Vizcaya y Coahuila, donde atacaban misioneros y presidios.

A todo eso se enfrentó el virrey Baltasar de Zúñiga y Guzmán, hombre de avanzada edad pero muy dado a los placeres de la carne. A pesar de que sabía que le traería serios problemas, formó el convento de Corpus Christi para indias cacicas, a quienes antes no se les permitía ser religiosas; se les negaba el acceso a los conventos, pero él, visionariamente, acabó con esa práctica, y dio un paso fundamental en la historia del catolicismo en México.

En efecto, toda buena novela debe darle al lector un mundo singular, con leyes propias, que se pone a girar sobre su propia órbita apenas lo empezamos a leer. Beatriz Espejo ha reconstruido el mundo novohispano con una mirada única —y esto hay que resaltarlo— que va directo a las emociones y las pasiones de los personajes, pero también directo al corazón de quienes disfrutamos sus obras con especial deleite. **U**

Beatriz Espejo, *¿Dónde estás, corazón?*, Alfaguara, México, 2014, 240 pp.

© Javier Nardéz

